

**EL SENTIDO DEL HOMBRE EN LOS PUEBLOS
HISPANOS**

Conferencia leída en el Centro Gallego de Montevideo
el 11 de mayo de 1929 por

RAMIRO DE MAEZTU

precedida por la

SEMBLANZA DE RAMIRO DE MAEZTU

Discurso leído en representación de la Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas, en el acto de CONMEMORACION DEL
CENTENARIO DE DON RAMIRO DE MAEZTU, organizado
por el Instituto de España, el 18 de junio de 1974, por

EUGENIO VEGAS LATAPIE

SEMBLANZA DE RAMIRO DE MAEZTU

POR

EUGENIO VEGAS LATAPIE

Antes de entrar en el tema que se me ha señalado permitidme que manifieste públicamente mi gratitud a la Mesa del Instituto de España por su decisión de honrar mediante este acto la memoria del que fue académico de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas don Ramiro de Maeztu. Y de modo muy particular por haberme dado oportunidad de testimoniar ante vosotros no sólo una admiración, que, sin duda, compartís conmigo, sino también unos sentimientos de entrañable y casi filial afecto, que el paso y la depuración del tiempo no han hecho perder uno solo de sus quilates.

Traté muy íntimamente a don Ramiro en los seis últimos años de su vida y tal vez por eso ha recaído sobre mí el honor de participar en este acto, juntamente con José María Pemán, que también convivió con él de manera íntima en el reducto ideológico de Acción Española, desde el cual libró Maeztu sus postreras y definitivas batallas en defensa del espíritu.

No ha sido, desde luego, la existencia de los hombres de la llamada generación del 98 un modelo de rectilínea fidelidad a unos determinados principios doctrinales. Para confirmarlo bastaría recordar los contradictorios avatares humanos y políticos de los más genuinos representantes de aquel grupo, que a sí mismos se calificaron de *los tres*: Pío Baroja, Azorín y Maeztu. Pero aun reconociendo la versatilidad contradictoria que parece presidir sobre todo la vida de alguno de esos tres hombres, resultaría injusto no percibir en ellos una cierta coherencia ética, e incluso espiritual. De forma muy acusada en la vida y en la obra de Ramiro de Maeztu. Entiéndase bien que hablo sólo de coherencia, y no de identidad. Y coherencia hay, por supuesto, entre el ardor juvenil del anarquista

Maeztu, movido por nobilísimos impulsos de regeneración moral, y la serena y consciente entrega que de su vida hace don Ramiro en 1936, con un gesto de auténtico mártir. Es decir, de testigo de unas convicciones religiosas que transfiguran la visión de la muerte, cuando ésta es aceptada y asumida como una ofrenda.

Y es precisamente esa coherencia la que da complejidad a la biografía de Maeztu, la que hoy constituye para mí una difícil barrera al pretender esbozar su semblanza. Para sortearla de algún modo, permíteme que acote o, mejor dicho, delimite el tema que se me ha asignado. No rehuiré, por supuesto, el esbozar la semblanza de don Ramiro, pero procuraré trazar más bien su semblanza espiritual. En otras palabras: quisiera hacer el relato de su aventura humana en busca de la fe perdida.

Ramiro de Maeztu nació en Vitoria, el 4 de mayo de 1874; cinco días más tarde recibió las aguas del bautismo en la iglesia parroquial de San Miguel, levantada por Sancho el Sabio, de Navarra, en 1181. Era hijo de doña Juana Whitney, de nacionalidad inglesa, hija a su vez del cónsul de la Gran Bretaña en París, y de don Manuel de Maeztu, nacido en Cuba, aunque de ascendencia navarra muy directa. Su padre —Francisco de Maeztu y Eraso—, después de formar parte del noble Cuerpo de Guardias de Corps, se había trasladado a la isla antillana, acompañando al general Pezuela, y allí logró conquistar una brillante situación económica y social.

Según la tradición de las familias acaudaladas de Hispanoamérica, Manuel de Maeztu fue enviado a París para completar su educación; en esta ciudad conoció además a la joven inglesa que habría de ser la madre de sus hijos. Fueron éstos cinco, a quienes se bautizó con los nombres de Ramiro, Angela, Miguel, María y Gustavo. Ramiro sintió siempre una especial admiración por su hermana María, mujer de gran talento y de sensibilidad e inquietudes intelectuales, que llegó a dirigir con indudable tacto y acierto la residencia de señoritas de Madrid dependiente de la Junta de Ampliación de Estudios. "María es muy inteligente —comentaba con un cierto dejo de ironía don Ramiro—, y por eso no se ha casado."

Precisamente yo tuve ocasión de conocerla en alguna comida íntima en casa de su hermano. También traté a Gustavo, notable pintor y no menos buen grabador. Recuerdo un aguafuerte suyo, hoy casi olvidado, que representaba al príncipe don Juan vestido de marino. Aunque vivíamos cuando lo hizo en plena República y el gesto podía tener un claro sentido político, no creo que en la decisión del artista influyera la postura ideológica de su hermano Ramiro.

Muy poco hubiéramos podido conocer de la infancia y primera juventud de Maeztu a no ser por artículos suyos, de carácter autobiográfico, publicado el primero en 1904, con el título "Juventud menguante", y el otro en 1908, después de haber leído en los *Recuerdos de niñez y mocedad*, de Unamuno, que sus evocaciones empezaban con las del colegio, "como es forzoso en niño de villa y criado entre calles". "¿Es esto forzoso?", se pregunta Maeztu, y al responder en sentido negativo, nos dice que su primer recuerdo aparece curiosamente localizado al aire libre, en la playa de Deva, con una delicada sensibilidad de pintor impresionista: "En lo alto..., una mancha azul y blanca, que después llamé cielo; a la izquierda, otra mancha azul y verde, que después llamé mar, y en los pies, otra mancha, ya de oro, ya morena, que después llamé arena."

Al mismo tiempo este artículo nos permite conocer el sustrato de las poderosas raíces étnicas de Maeztu. También entre sus primeros recuerdos ve, siempre con mirada de pintor impresionista, "las llamas de una cocina baja y una franela amarilla en el respaldo de una silla; ello fue en un caserío de Urrestilla, cerca de Azpeitia". Y junto a esas raíces del pueblo que le daría conciencia histórica, el arquetipo humano de vida que desde muy pronto le sería impuesto, más que señalado: "Mi pobre padre solía decirme desde mis primeros años que yo tenía que ser un caballero, un atleta y un sabio..."

Ya en el otro artículo citado Maeztu nos había dicho que fue "un niño altanero y feliz; su padre, que le quería con cariño ambicioso y exclusivo, le sometió en sus primeros años a severa disciplina intelectual, moral y física, reglamentada férreamente su vida, sujetando a horario sus estudios, sus ejercicios y sus juegos, dándole profesores de idiomas, cultura general, gimnasia, esgrima, equitación, dibujo y música", con lo cual hizo "del muchacho un primer pre-

mio del bachillerato y el mocete más duro y más intrépido de los de su edad y población”.

Discreparon igualmente Maeztu y Unamuno en el alcance y sentido de las evocaciones infantiles referidas al primer encuentro con el misterio de la fe. Quien llegaría a ser por antonomasia rector de Salamanca justifica así la mínima huella que en su espíritu dejó la primera comunión: “Tanto se nos prepara para ella, tanto se le habla al niño de delicias y consuelos que no necesita, porque no se halla desconsolado y afligido; tanto se le quiere sugestionar, que cuando llega el acto, el niño, poco sugestionable en realidad, se queda frío.” Ramiro de Maeztu, en los mismos años en que se rebela frecuentemente contra la fe y la vida religiosa, rechaza de plano tales afirmaciones: “¿Por qué generalizará Unamuno? ¿Qué demonio ilógico le moverá a universalizar sus experiencias? Yo no olvidaré nunca no sólo mi primera comunión, sino mis primeros años de misticismo. Tampoco yo estaba desconsolado y afligido. ¿Quién lo está a los diez años? ¿Y podrá darse nada tan inefable como recibir la comunión con ojos llorosos en la capilla de la Concepción de la iglesia de San Miguel, retirarse unos pasos, cerrar los ojos y sentirse volar, lejos de sí, mirar con ojos que lo abarcan todo a las ciudades misteriosas de que sólo se conocen los nombres, remontarse por el azul y rodearse de unas estrellas grandes, como monedas de dos reales?”

Ya he señalado la cruel paradoja de que el hombre que tan delicadamente analizaba los efluvios espirituales de su alma infantil, poniendo al descubierto un fervor místico que aún parece tener cierta fragancia, alardeara al mismo tiempo de incredulidad y de anticlericalismo. Sin pretender violar el recinto sagrado de la conciencia, quizá pudiéramos encontrar las razones de esa interna contradicción en las dolorosas circunstancias humanas que truncaron el curso de la existencia de Maeztu, dejándole indefenso en la lucha por la vida, con una explosiva carga de resentimientos y rebeldías justamente en una de las más difíciles encrucijadas de la historia de España.

Entre los años 1887 y 1890 ha situado el infatigable investigador Dionisio Gamallo Fierros la crisis económica de la familia, que

motiva el viaje de don Manuel de Maeztu a Cuba con el vano propósito de restaurar la situación patrimonial. A la ruina definitiva seguiría la muerte del infortunado cabeza de familia, en la ciudad de Corrientes, el año 1894. En el ya citado artículo autobiográfico de 1904 el propio Ramiro de Maeztu ha referido así aquella catástrofe: "... Fueron desapareciendo profesores particulares, sirvientes, caballos, coches, arneses, libreas, casa lujosa, muebles de precio, alhajas, sedas, libros, mientras de diez en diez días se aguardaban del correo de Cuba pliegos de valores que no llegaban nunca... Del esplendor de la infancia no quedaron más restos que algún látigo roto y una vieja criada con la lealtad de los criados del régimen antiguo." El derrumbamiento, como es lógico, hubo de afectar gravemente a la formación intelectual, y, sin duda, también, a la formación religiosa del joven Maeztu. El mismo lo confiesa con absoluta lealtad: "Al curso natural de los estudios sucedieron años de inacción forzosa, y el niño alegre y decidido cambió de carácter; se hizo temeroso y huraño... Hubiera resistido su voluntad a la crisis económica de su familia de haber llegado ésta algo más tarde, pero esa externa crisis se unía a la fisiológica de la pubertad, y entre las dos acabaron con la cohesión íntima de un alma fuerte y un cuerpo de atleta."

Y también agostaron, por supuesto, los incipientes efluvios místicos del alma infantil de Ramiro. Fue demasiado dura la prueba para el adolescente. Decidido, sin embargo, a contribuir a la solución del gravísimo problema familiar, marcha a París en 1890, con el deseo ilusorio de abrirse camino en el mundo del comercio; pero como ha escrito él mismo, la persona que le recomendaba "observó un día que el joven español era demasiado soñador para el comercio. Y... pocos meses después Maeztu volvía a España, despedido por sus principales".

Arruinada ya por completo la familia, al año siguiente marcha a La Habana, donde habría de sufrir en carne viva las más duras experiencias, en contacto con los más bajos y degradados estratos de la sociedad. Según recordaría años más tarde, "pesó azúcar, pintó chimeneas y paredes al sol, empujó carros de masa cocida de seis de la tarde a seis de la mañana, cobró recibos por las calles de La

Habana, fue dependiente de una vidriera... y desempeñó otros mil oficios". Uno de ellos, el más extraño que pudiéramos imaginar, "lector en una fábrica de tabacos..., en un salón de atmósfera asfixiante". Maeztu leía a los obreros, durante cuatro horas diarias, unas veces novelas y dramas, otras libros de propaganda social y de vulgarización científica. Y con esa mentalidad de "trapero del tiempo" que tuvo el doctor Marañón, encontró siempre horas, robadas al sueño, para traducir algunas obras extranjeras o leer desordenadamente a Kipling, Galdós, Schopenhauer, D'Annunzio, Marx Kropotkin o Sundermann. En el ánimo de Maeztu se libraba así la batalla entre el esforzado intelectual que siempre fue y el humilde paria que vivía en contacto con las más irritantes lacras de una sociedad en la que ya fermentaba un espíritu revolucionario, que no tardaría en manifestarse. Precisamente Maeztu regresa a la Península, requerido por su madre, sólo tres meses antes de que en el caserío de Baire estallara el 14 de febrero de 1895 el grito antiespañolista de ¡Viva Cuba libre! No parece, pues, aventurado afirmar que fue en aquellos tristes y perturbadores años donde se fraguó su posterior anarquismo destructor y disolvente. ¿No se referiría también a ellos don Ramiro cuando en más de una ocasión llegó a maldecir los años que no pudo dedicar íntegramente al estudio y a la formación doctrinal?

Por de pronto, el recuerdo que de ellos conservó no debió ser nada grato. Muy pocas veces hablaba de aquella etapa de su vida. Por eso un día nos sorprendió a todos en la habitual tertulia vespertina de Acción Española al hablarnos de cuando trabajaba en La Habana, colocando ladrillos en lo alto de un andamio, "con un negro a la derecha y un amarillo a la izquierda"; así como al referirnos otra tarde la inmensa ternura sentida al escuchar en la lejanía, mientras caminaba una noche a caballo bajo la lluvia, los entrañables sonos del *Guernikako arbola...*

Minado por los amargos acontecimientos familiares y políticos, a fines de 1894 regresa a la Península, "convencido de no ser útil para nada y resuelto a morir tranquilo, después de haber dejado en las tierras de América el poder de los músculos y el color de las mejillas". Muy poco después se recibe la noticia de la muerte

del padre, y doña Juana Whitney decide trasladarse a Bilbao, para dedicarse allí a la enseñanza. Indalecio Prieto, cuyos hijos se educaron con ella, la ha recordado con sincero afecto: "Era menuda..., de ojos azules, de gran atracción personal por *su simpatía* y por su talento. En Vitoria se la conocía por *la inglesa*. Excelente amazona, desentonaba cabalgando gallardamente por el paseo de la Florida en aquella ciudad militar y levítica..."

El establecimiento de la familia en Bilbao marcaría un huella decisiva y perdurable en el futuro de don Ramiro. Con su ingreso en la redacción del diario *El Porvenir Vascongado*, inicia la actividad a la que dedicó por entero su vida, en una honrosa pero sacrificada labor de galeote de la pluma. Aunque él se limitara a atribuir al azar este encuentro con su auténtica y perdurable vocación, la madre fue mucho más explícita en unas declaraciones hechas en 1926: "Ramiro era casi un niño, y yo quería que fuese periodista; en ello tenía gran ilusión. Recuerdo que visité con tal motivo al entonces director de *El Porvenir Vascongado*, don Fermín Herranz, notable defensor de los fueros, el cual me preguntó qué sabía de periodismo mi hijo, y yo le repuse: «Saber, no sabe nada, pero yo quiero que sea periodista.»" A partir de entonces el nuevo periodista lo aprendería casi todo en las salas de redacción, que entonces tenían mucho de mentidero. Entre otras cosas, aprendería a hacer almoneda de unas prácticas y creencias religiosas, cuando no de una fe que no sabemos hasta qué punto le había sido fuertemente inculcada en el hogar.

Considerada por muchos en aquel tiempo la religión como un simple soporte de estructuras políticas y sociales de carácter aleatorio, Maeztu no dudó en sumarse a los detractores de la Iglesia, en la que él quiso ver también uno de los principales factores del retraso moral y económico del pueblo. De ahí que en un artículo publicado en 1901, en la revista *Electra*, después de transcribir algunos párrafos de Pompeyo Gener, en los que se relacionaba el ascetismo con el movimiento de los hielos polares, llegara a escribir: "La explicación es, cuando menos, consoladora. Nos permite esperar que el cristianismo se halle a su vez pasando, como las causas que lo hicieron posible." Para añadir más adelante: "Por lo que hace a nuestro

pueblo, la religión, un tiempo monopolizadora de su espíritu, hoy sólo ocupa nuestra piel. Todo indica que las presentes agitaciones nacen del íntimo deseo de librarnos de semejante costra."

La posible intención *historicista* del exabrupto quizá alentara también en los conceptos, aún más violentos, emitidos en otros párrafos del mismo artículo: "Quédense los soldados en los cuarteles o únense alguna vez al pueblo, y se verá la serena alegría con que serán arrojadas las piedras de las antiguas catedrales sobre las cabezas religiosas." La alusión que del Ejército se hace aquí, en cuanto defensor de la Iglesia, nos permite plantearnos el problema que no dejó de afrontar Maeztu, en ocasión para mí inolvidable. ¿Revelan tan brutales afirmaciones una efectiva falta de fe? ¿Sería posible admitir al mismo tiempo en su autor alguna sensibilidad de carácter religioso?

Anticipemos que el propio Maeztu, en el artículo "Razones de una conversión", publicado en el número de *Acción Española* de 1 de octubre de 1934, comienza diciendo a este respecto: "No creo que pueda llamarme converso, porque nunca se rompieron del todo los lazos que me unían a la Iglesia." ¿A qué se debe entonces el título del artículo? Públicamente debo confesar que el original que me entregó don Ramiro para su publicación llevaba un epígrafe distinto: "Por qué me hice más católico". Antes de entregar las cuartillas a la imprenta lo sustituí por el que figuraría en la revista. El autor no tuvo conocimiento de ello hasta que el número estuvo impreso. Pronto percibí la falta que había cometido, pero ya era tarde para intentar rectificaciones contraproducentes. Ni siquiera expuse a don Ramiro las razones ideológicas en que podía fundamentarse mi decisión. Muy presente había tenido yo al adoptarla el recuerdo de Donoso Cortés cuando en 1849 expone a M. Albérich de Blanche, marqués de Raffin, la "historia íntima y secreta" de la "conversión que Dios ha obrado en mí por su gracia". El reconocimiento expreso de esta conversión no es incompatible con algunas otras afirmaciones hechas en la misma carta, que pudiera parecer que la contradecían o atenuaban: "Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma, pero mi fe era estéril... Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho: «Vas a

hacer abjuración del catolicismo o a padecer graves tormentos», me hubiera resignado a los tormentos, por no hacer abjuración del catolicismo.”

Pero aunque no admitiésemos en Maeztu una conversión efectiva, siempre tendríamos que señalar en él un marcado proceso de evolución espiritual desde la crisis religiosa, iniciada en 1913, hasta el pleno reingreso en el seno de la Iglesia, en 1916. En esa laboriosa busca de la verdad, de la que no dejó de percibir siempre algún vislumbre, incluso entre las tinieblas del error, Dios le concedió la gracia de llegar a pisar tierra firme. A ello contribuyó en gran parte el acercamiento durante aquel mismo año a la vida austera y dramática de las trincheras, donde convive con los soldados británicos. Según ha escrito su hermana María, “allí, cara a cara ante el dolor y la muerte, concibe el tema que será desde aquel instante el motivo central de su vida: «Todo fluye, todo perece, todo pasa. Pero el bien, en sí, no pasa. Dios es el bien, y permanece. El tránsito de los bienes queridos es la noche mística en que tomamos contacto con lo eterno»”. Entre las personas que más influyeron en ese reencuentro con la fe, el propio Maeztu cita al barón Von Hügel, quien le había hecho ingresar en una sociedad londinense para el estudio de la religión; asimismo menciona con afecto y admiración a Hulme, muerto en el campo de batalla, del que aprendió “el reconocimiento de la trascendencia social y política de la doctrina del pecado original”. En el año decisivo de 1916 podría Maeztu iniciar así *La crisis del humanismo*, una de sus principales obras: “Ya se ha dicho que las ideas centrales de la Edad Media consistían en mirar al mundo como a un valle de lágrimas y al hombre como a *Yo pecador*.” Con esa idea del pecado original tenemos una de las principales coordenadas que delimitarán su encuadramiento definitivo en la ortodoxia de la fe. Otras igualmente muy importantes y decisivas habían ido configurándose ya entre 1908 y 1910.

En la polémica sostenida en 1908 por Ortega frente a Azorín desde la revista *Faro* acerca de la base o fundamento de los partidos políticos terció inesperadamente Maeztu, para rechazar la afirmación hecha por Ortega de que “la verdad sólo puede existir bajo la figura de un sistema”, proclamando, por el contrario, que la “prio-

ridad ha de ser para el acto de fe, para los hombres buenos y para la propaganda y difusión de esa vida de fe"; de ahí el axioma que deja establecido en otra fase de la polémica: "La ignorancia se cura con moralidad."

Estos fundamentales principios éticos de la evolución religiosa de Maeztu aparecen aún mejor enunciados en un resonante y memorable acto que tuvo lugar en Madrid, el 11 de diciembre de 1910. Pocos días antes había disertado en la tribuna del Ateneo sobre "La revolución y los intelectuales". Para celebrar el éxito obtenido por don Ramiro, Augusto Barcia organizó en su honor un banquete en el restaurante Parisiana, al que asistieron más de ciento cincuenta personalidades destacadas de la vida cultural madrileña. En realidad, el verdadero promotor había sido Ortega, que no dudó en proclamar en el discurso allí pronunciado que fue Maeztu quien le infundió su inclinación a los estudios de filosofía y que el ejemplo de aquel periodista que deseaba afianzarse sobre una base más sólida que la puramente periodística le había servido a él de orientación por el camino de su pensamiento. Nadie pudo extrañarse de las efusivas palabras de Ortega. De todos era bien conocida la amistad que les unía. El propio Ortega había dejado en 1908 constancia explícita de ella en las páginas de la revista *Faro*: "... Me he puesto a recordar los tiempos, no muy lejanos, en que, unidos por estrecha amistad, íbamos a lo largo de estas calles torvas madrileñas, como un hermano mayor y un hermano menor, entretejiendo nuestros puros y ardientes ensueños de acción ideal..." Amistad reiterada en la dedicatoria que figuró desde 1914 en tres ediciones consecutivas de *Meditaciones del Quijote* —"A Ramiro de Maeztu, con un gesto fraterno"—, para aparecer extinguida en 1931. Recuerdo la profunda emoción con que Maeztu me refirió su encuentro con Ortega en el portal de la casa número 7 de la avenida de Pi y Margall, donde la *Revista de Occidente* tenía su sede y nosotros acabábamos de alquilar una oficina para organizar la sociedad cultural Acción Española. A los pocos minutos del encuentro, don Ramiro se limitó a comentar: "No nos hemos saludado..." En el lejano invierno de 1910 nadie hubiera podido imaginar este desenlace. Para el propio Ortega, aún vivo el entrañable afecto, habría resultado imprevisible. Por

eso acertó de manera tan significativa en la alusión, citada anteriormente, que hizo en el banquete del restaurante Parisiana.

¿Pero sobre qué base pretendía fundamentar Maeztu su vida y su obra? De manera explícita lo dijo entonces, y nunca cesaría ya de proclamarlo: en el triunfo de la virtud y de la moral sobre la ciencia. De ahí que más adelante pueda un día obligarle el llanto a interrumpir la lectura que de la *Salutación del optimista* hacía en la tertulia de Acción Española, al llegar a los versos en que Rubén Darío exclama: "... la alta virtud rescuita / que a la hispana progenie hizo dueña de siglos". A través de esa nueva fundamentación ética, los anhelos regeneracionistas, que en las primeras actuaciones públicas de Maeztu se orientaban hacia los objetivos materiales —aunque no materialistas— preconizados por Joaquín Costa, llegan a cifrarse y asentarse en ideas y principios morales de inequívoca inspiración religiosa. Y así su encuentro con la fe se logra mediante un proceso de espiritualización de los mismos impulsos vitales que desde un principio le habían orientado.

A pesar de todo, en los años a que me vengo refiriendo, no se encuentra todavía claramente definida la posición religiosa de Maeztu. Cierto es que un nuevo espíritu, de mayor pureza y densidad religiosa, respalda o sustenta ya su vida. Pero hasta algunos años más tarde no encontraremos bien estructurado y expuesto un pensamiento de actuación pública inequívocamente religioso.

Organizada por el Ateneo de Sevilla, Maeztu pronunció el 7 de noviembre de 1923, en el teatro Lloréns, una conferencia sobre "La decadencia de Occidente". La famosa obra de Spengler, con el mismo título, se había convertido en una especie de breviario de la intelectualidad española. De la resonancia que tuvo aquella conferencia puede darnos idea el hecho de que fue reproducida íntegramente en seis folletones del diario madrileño *El Sol*. Al margen de la crítica adversa que Maeztu hizo del libro del pensador alemán, fueron los últimos párrafos de su disertación los que hicieron que ésta adquiriese un especial relieve. Después de glosar los versículos del Evangelio de San Mateo relativos al amor a Dios y al prójimo, don Ramiro se planteaba el grave problema implícito en la tesis, ya sostenida por Herodoto, de que la única ley que prevalece en los

negocios humanos es la de la alternación de las venganzas. Su respuesta fue terminante: "Yo no conozco más que un medio para evitarlo. Mis amigos se ríen cuando les hablo del Padrenuestro. El rosario de peticiones que contiene les parece cosa de niños. Pero se olvidan de que en el Padrenuestro hay unas palabras que no son peticiones, sino una afirmación. Son las que dicen: ... *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Si no se perdona a los deudores, no se está rezando. Son palabras que sólo los escogidos pueden pronunciar sinceramente, sin esfuerzo. Hay veces —prosigue Maeztu— en que me han costado más de media hora, más de una hora, y en que no he llegado al cabo de ellas sin que el sudor me cubriera la cara. Pero al decirlas con sinceridad he sentido que se cambiaba el mundo no en el sentido de aparecer en un cielo y en una tierra nuevos, porque el mundo seguía siendo el mismo, con las mismas personas queridas en derredor de uno. Todo era lo mismo, y esto era lo mágico. Sólo los enemigos habían desaparecido."

Ya sé que no faltará algún avisado suspicaz que sonría con irónica suficiencia al recordar la fecha en que esa conferencia fue pronunciada: unos días antes de cumplirse los dos meses de la instauración en España de la Dictadura militar del general Primo de Rivera. Pero sería, además de injusto, calumnioso establecer una mínima concatenación entre esos dos hechos. Ya hemos visto que María de Maeztu no dudaba al afirmar que su hermano alcanzó en 1916 la ansiada meta, en esa "peregrinación en busca de la fe" de que hablara González de Amezúa al recibirle en la Academia Española en 1935. "Fue aquélla la hora —ha escrito María— del hombre que encuentra su fe..., su vía, su camino, el camino de Damasco, que pocos hombres han recorrido con tan altanera vocación de martirio como lo recorrió él."

Después de haber contraído matrimonio en Londres aquel mismo año con la distinguida dama inglesa Alice Mabel Hill, Maeztu regresaría definitivamente a España, una vez concluida la guerra mundial. Le impulsa, sobre todo, el deseo de que su hijo único, Juan Manuel, nacido en 1918, no llegue a aprender el castellano con acento inglés. Además de un sólido bagaje intelectual, marcha con la experiencia adquirida a través de la dilatada serie de plantea-

mientos o idearios socio-políticos a los que fue prestando sucesivamente su adhesión: el anarquismo, el liberalsocialismo, el fabianismo y, por último, el guildismo o gremialismo. De nuevo en su Patria después de una breve estancia en Barcelona, fija su residencia en Madrid. Reincorporado a las actividades del Ateneo, no tarda en ser elegido presidente de su sección de Literatura. Y como era de esperar, vuelve a situarse en la primera fila de la intelectualidad de aquella época. Pero Maeztu era ya un hombre muy diferente del que había sido a comienzos de siglo. Aunque en ocasiones pudieran verse en él destellos del agresivo temperamento de otros tiempos, su actitud humana, ahora mucho más tolerante y comprensiva, está empapada de cristiana caridad. La plena integración en la fe y el cambio consiguiente de ideas sociales y políticas se traslucen en sus conversaciones y artículos. Muchos amigos comienzan por ello a distanciarse de él, hasta convertirse algunos en enemigos implacables de un hombre cuyo delito no era otro que el ser fiel a unas convicciones evolucionadas.

Periodista por vocación y de profesión, colabora asiduamente en el diario *El Sol*, fundado por Urgoiti en 1917; pero el tono de sus artículos se apartaba, y aun disonaba, del que, en general, daban muestras los demás colaboradores del periódico. Bastaría leer uno cualquiera de esos artículos suyos publicados antes del pronunciamiento del general Primo de Rivera para comprobar que la implantación de la Dictadura no influyó de manera exclusiva en su ideología. Ciertamente es que fue acogida muy favorablemente por Maeztu; lo mismo que hicieron todos los intelectuales españoles, con Ortega al frente. El 27 de noviembre de 1923, por ejemplo, escribía éste en *El Sol*: "Alfa y omega de la faena que se ha impuesto el Directorio militar es acabar con la vieja política. El propósito es tan excelente que no cabe ponerle reparos." No dejaría, sin embargo, de ponérselos Ortega, incluso en aquel mismo artículo; pero no antes de que lo hubiera hecho Maeztu, quien supo matizar siempre con prudentes reservas sus elogios al dictador.

Por todo ello su situación en *El Sol* llegó a resultarle no sólo incómoda, sino insostenible. Al fin, decidió separarse del periódico. Lo hizo en carta dirigida a su director el 3 de febrero de 1927. En

ella exponía Maeztu las razones que le habían movido; no eran otras que su empeño en preparar un ambiente que permitiera consolidar el orden creado por la Dictadura, "preparar el progreso futuro y necesario, y canalizar la evolución y la dialéctica en un espíritu de armonía y mutua comprensión". "La agonía que esta resolución me ha originado —confesaba también Maeztu— es prueba cierta de lo profundos que eran los sentimientos de afecto y respeto que a *El Sol* y a ustedes me unían, y que llevaré conmigo a donde vaya."

A pesar de la nobleza de la despedida, quienes se habían convertido ya en sus enemigos redoblaron los ataques contra él, fundamentándolos en la campaña que emprendiera desde *La Nación* en defensa de unos ideales contrarrevolucionarios que pudieran servir de valladar a los avances del pensamiento marxista. Incluso un desenvuelto redactor de *La Gaceta Literaria* se atrevió a preguntarle si no se debería su salida de *El Sol* a "algún motivo apetitoso material", a lo que el agraviado se limitó a responder: "*Honni soit qui mal y pense*. Yo sólo puedo decirle que este mes gané menos que el pasado." Deslizada la insidia, un conocido coplero asalariado de *La Libertad* no tendría ya reparo en afirmar poco después que el antiguo colaborador de *El Sol* se había acercado como "logrero a los Poderes". Lo que la respuesta de Maeztu encerraba de verdaderamente ejemplar es muy difícil que llegara a percibirlo el procaz libelista: "Si usted tuviera algún motivo —le dice— para sostener en contra mía la acusación de logrero, nombre a un amigo de confianza, que yo nombraré a otro. No es necesario que anden los Tribunales por medio. Encomendemos el asunto a la conciencia de dos caballeros, y si hallan acusación justificada, le prometo cortarme la mano derecha, con la que me beneficio de esos logros. Y si su acusación se hubiese hecho sin fundamento, su sacrificio sería más ligero: una suma para el Montepío de la Prensa." No otra fue la respuesta de quien ha podido decir Salvador de Madariaga, en sus recientes *Memorias*: "Como hombre de honor, pocos los ha habido que le igualaran."

Quizá como desagravio por aquella campaña, pero con evidente miopía política, el general Primo de Rivera propuso al rey el nom-

bramiento de Maeztu para embajador en la República Argentina. Fueron inútiles todos los argumentos que expuso para rechazar la designación. Con absoluta sinceridad alegó que su verdadero puesto de combate estaba en la Prensa y en la tribuna pública. Pero la ciudadela confiada y alegre que era la Monarquía de Alfonso XIII prefirió utilizar a Maeztu como figura decorativa en el mundo diplomático. De nada sirvió que desempeñara el cargo con acierto y dignidad. En cuanto supo la caída del dictador, se apresuró a enviar al nuevo Gobierno su dimisión y a regresar a España. Poco antes de abandonar Buenos Aires confesaría a su amigo Ricardo Rojas: "Lo que allá me espera no lo sé ni quiero saberlo; voy a cumplir con mi deber." Y el mismo autorizado testigo añade que, al llegar a Madrid, una persona muy querida le reprochó amablemente: "El rey quería que tú continuaras en el puesto... ¿A qué has venido?" "Vengo a que me crucifiquen", fue la escalofriante respuesta de Maeztu.

Cuando al poco tiempo sorprende a los españoles la noticia de la inesperada muerte del general Primo de Rivera, su antiguo embajador se apresura a testimoniar desde las páginas de la revista bonaerense *Criterio*, en el artículo titulado "El entierro del general", no sólo el dolor que embargaba su ánimo, sino también la insobornable fidelidad al recuerdo del "centinela" desaparecido y a los ideales que encarnara y defendiera en vida. Nunca supo hacer Maeztu leña del árbol caído. A nadie pudo sorprender, por lo tanto, su acrisolada lealtad al monarca destronado y a la Institución política derrocada. Fui testigo excepcional de ello desde el primer momento.

En la tarde del 14 de abril de 1931, después de ver ondear una bandera roja en el Palacio de Comunicaciones, ante la presencia pasiva de la fuerza pública, pude cerciorarme de la triste realidad del desahucio de la Monarquía, abandonada incluso por quienes deberían haber sido sus más interesados defensores. Con el ánimo entristecido quise refugiarme en alguna iglesia para pedir a Dios luces y fuerzas en tan difíciles momentos. Todos los templos a que acudí —San José, oratorio de Caballero de Gracia, Calatravas, Jesús de Medinaceli...— se hallaban previsoramente cerrados. Vagué inconsciente por las calles, sin otro afán que procurar informarme del

lugar y de la hora de la marcha del rey, que ya se daba por segura; no quería dejar de acudir a rendirle mi último y anónimo homenaje. El conde de los Andes, a quien encontré en la puerta del Hotel Palace, me dijo que Don Alfonso no tardaría en salir hacia Portugal desde la estación de las Delicias. Después de comprobar personalmente la inexactitud de la información, decidí acudir a casa del marqués de Quintanar, en la plaza de Santa Bárbara. Allí encontré a Maeztu, quien me estrechó entre sus brazos con un afecto que pretendía mitigar el dolor que traicionaban mis lágrimas. Siempre recordó con emoción don Ramiro aquel instante. Más de una vez me dijo, en presencia siempre de algunos amigos: "Yo le vi llorar a usted el 14 de abril."

Acompañando a Maeztu y al marqués de Quintanar, me dirigí en las primeras horas de la noche al domicilio del conde de Guadalhorce, donde se hallaban reunidos con José Antonio Primo de Rivera y Calvo Sotelo algunos otros políticos destacados de la Dictadura. No faltó siquiera en aquel auténtico velatorio de la Monarquía el comentario, cuando menos desdeñoso, con que José Antonio recordó al monarca ya destronado. También don Ramiro aludiría al carácter ligero y frívolo de Don Alfonso, al referirnos la primera entrevista que con él tuvo en Palacio; pero muy pronto acertó a superar la anécdota, para exponer profundas y atinadas razones sobre las causas de la caída de la Monarquía. A su juicio, fueron, fundamentalmente, dos. Una, la excesiva publicidad que en la Prensa se había hecho de la figura del rey, siempre entregado a los más diversos pasatiempos y diversiones: cacerías, regatas de balandros, tiro de pichón, carreras de caballos, partidos de polo... Otra, de mucho más fondo y trascendencia política, la facultad constitucional que el monarca tenía de nombrar y separar a sus ministros. Según Maeztu, quienes resultaban agraciados no se creían en el deber de sentir gratitud hacia el rey, puesto que atribuían el nombramiento a sus propios méritos y a su fuerza política; pero, en cambio, aquellos que cesaban en algún puesto quedaban automáticamente convertidos en enemigos de la Corona, así como todos sus familiares y amigos. Los antiguos ministros que aquella triste noche le escuchaban parecían limitarse a poner a sus palabras el contrapunto del más profundo desaliento.

Quizá fuéramos el marqués de Quintanar y yo los únicos que disponíamos de los elementos necesarios de juicio para valorar debidamente la gallardía y clarividencia de don Ramiro, y para saber que sus comentarios no eran, ni mucho menos, el producto de una brillante improvisación.

En septiembre de 1930, ante la absoluta indefensión en que se encontraba la Institución monárquica en el terreno doctrinal, había iniciado yo las gestiones para fundar una revista de ideología contrarrevolucionaria. Las primeras promesas de colaboración que obtuve fueron las de Víctor Pradera y el marqués de Lozoya, catedrático entonces de la Universidad de Valencia. Al recabar la de Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional, me sugirió que estableciese contacto con Maeztu, quien le había hablado no hacía mucho de un proyecto parecido al mío. Sin demasiada confianza en el resultado de la gestión, acudí una tarde a su domicilio, en la calle de Espalter, con el propósito de hacerle una mera visita de cumplido. Después de estar hablando durante casi tres horas, quedamos en volvernos a ver el domingo siguiente. Se inició así la costumbre de reunimos en su casa todos los domingos por la tarde, acompañados de algunos jóvenes amigos que yo llevaba.

Los objetivos últimos, mejor dicho, los sueños ambiciosos a que tendían nuestras conversaciones, quedaron magistralmente plasmados por don Ramiro en el banquete que en honor suyo organicé el 17 de marzo de 1931, con motivo de su elección para nuestra Academia de Ciencias Morales y Políticas. En el discurso allí pronunciado señaló a todos los presentes el camino que deberíamos seguir. "Lo que tenemos que hacer —dijo— es vencer a la revolución. Esto supone dos cosas: que la hemos de vencer con fortaleza, y al mismo tiempo vencerla con el pensamiento, en justicia social y en capacidad técnica..." Si estas palabras pudieron convencer a algunos de que era necesario secundar tales planes de actuación, las que pronunció inmediatamente después conmovieron a todos los oyentes, con su estremecedor vaticinio de la muerte: "Aquí se ha hablado de la masculinidad. Yo —¡ay, Dios mío!— no me creo valiente. Quizá lo contrario. Pero recuerdo lo que dije a tres sacerdotes que acudieron a despedirme al puerto de Buenos Aires, cuando regresaba a España: no sé lo que

pasará en mi Patria. Recen ustedes, que yo también rezaré. Lo que pido a Dios es que si vieran mis ojos que iba a cerrarse la iglesia a que acudo, si escuchase que pretendía imponerse a mi hijo el ateísmo, me diera fuerzas para oponerme y me concediera, si no una muerte heroica, al menos una muerte digna.”

La muerte digna le llegaría después de haberse opuesto con todas sus fuerzas a la política sectaria que cerraba o permitía quemar las iglesias e imponía el ateísmo en las escuelas. Por de pronto, fue realmente sublime su labor de apostolado en los meses precursores de la República. Impulsados por aquel ardor proselitista, decidimos no retrasar más tiempo, en espera de unos medios que no acababan de llegar, la aparición de nuestra ansiada revista. Para ello aceptamos el ofrecimiento del Consejo de Administración del diario *La Nación*, que nos permitiría disponer semanalmente de cuatro páginas en aquel periódico, dirigidas por el marqués de Quintanar, bajo el título de “La contrarrevolución”. Pero “La contrarrevolución” no llegó a aparecer. A los cinco días de haberse publicado su anuncio en *La Nación* quedaba implantada en España la República.

Después de las incidencias —bien trágicas algunas— de los primeros meses de vida del nuevo régimen y de haber cumplido yo en el castillo de San Cristóbal, de Badajoz, un arbitrario arresto que se me impuso, estaba aún más plenamente convencido de la necesidad de contraponer a las ideas revolucionarias una adecuada plataforma ideológica. No sólo no había cedido mi fe, sino que se hallaba robustecida por la carta que don Ramiro me había dirigido al castillo de Badajoz, en la que me decía: “... No hay que pensar en expatriarse. El espíritu tiene también raíces, y las nuestras están en el suelo, en la historia y en la sangre del pueblo español. Ello no tiene remedio. Lo que esté en nuestro poder hemos de hacerlo; algunos, como yo, deplorando con toda el alma que el perdón de los pecados no rija para las cosas de este mundo. Todo se paga, y los cincuenta y siete años de edad no tienen ya vuelta. Pero los que me quedan, en todo lo posible, para España. Usted y yo podemos tener una satisfacción íntima. Las cosas no nos han tomado de sorpresa. Lo único sorprendente ha sido la ceguera de los que tenían ojos y no veían...”

Muy pronto, inesperadamente, nuestras ilusiones comenzaron a

plasmar en realidades. Aquel mismo verano me llegó a Santander una carta en que el marqués de Quintanar me comunicaba haber conseguido ya los fondos precisos para publicar la proyectada revista. Procedían de un donativo que los marqueses de Pelayo habían hecho al general Orgaz para sus trabajos de propaganda.

Mientras preparábamos la publicación de la revista, procedimos a constituir la sociedad cultural Acción Española, cuyos estatutos fueron presentados en la Dirección General de Seguridad con las firmas de Luis Rivoir Alvarez y Estanislao Núñez Saavedra, estudiantes ambos de Ciencias Químicas. Por fin, el 15 de diciembre de 1931 vio la luz pública el primer número de *Acción Española*. El artículo que lo encabezaba tenía el mismo título que la propia revista, puesto que en él se bosquejaba el programa de la empresa iniciada. No llevaba firma, pero había sido escrito por Ramiro de Maeztu. Tres meses más tarde el autor recibiría por ese artículo editorial el premio Luca de Tena.

A partir de ese momento don Ramiro sería pieza clave no sólo de la revista, sino también en la vida de nuestra sociedad. Durante aquellos intensos años fue, además, cimentándose entre nosotros la entrañable amistad cuyo recuerdo nubla todavía hoy mis ojos al tender la mirada hacia atrás con nostalgia compensadora de tantos desengaños. Allá en la lejanía siempre aparece la altanera figura de Maeztu, con ese gesto, muy suyo también, de modestia y humildad, con que aproximaba hacia él a quienes éramos entonces unos jóvenes inexpertos, y quizá algo petulantes. El nunca dogmatizó ante nosotros, ni jamás pretendió imponer su criterio, sino por el poder suasorio del convencimiento y de la razón. Y en todo instante su palabra *somnolosa*, de acuerdo con el calificativo de Azorín, supo vibrar enardecida, y logró enardecer a los más variados auditorios. Especial relieve tuvo, precisamente por la emotiva cima que alcanzara su verbo, el banquete que en junio de 1932 ofrecimos a Pradera, Goicoechea y Sainz Rodríguez por el éxito obtenido en los ciclos de conferencias de aquel curso en Acción Española. Nos reunimos en los amplios salones del restaurante Sicilia-Molinero, en la cuesta de las Perdices, un grupo de comensales que excedía con mucho al de los numerosos asistentes a los cursillos.

La figura de Maeztu parecía haber adquirido ya definidos contornos bíblicos; de sus labios salían con frecuencia exclamaciones de tono profético, premonitorias del trágico desenlace que tendría su vida. Bien es verdad que no era nuevo en él ese instinto premonitorio. Parecía como si a través de los juicios que alentaban aquellas profecías quisiera también refrendar Maeztu su propia condición de intelectual. "Intelectual que no acierta no es intelectual", había afirmado en el discurso que pronunció en el banquete ofrecido al pintor Juan de Echevarría por la Sociedad Bilbaína en la villa del Nervión el 27 de septiembre de 1919. Y Maeztu *acertó* plenamente en sus reiteradas previsiones acerca del fin que le esperaba. En el año 1921 había escrito en el álbum que Ramón Gómez de la Serna guardaba en la "sagrada cripta" de Pombo: "¡Greguería, greguería, / que la conciencia del mal y el pecado original / me hagan acabar mis días / como un cordero pascual!" No se formulaba en estos malos versos sino una simple aspiración o deseo. Pero muchas veces le oíríamos después comentar en la tertulia de Acción Española que esperaba morir aplastado cualquier noche contra su biblioteca, como una chinche. En pleno hemiciclo del Congreso interrumpiría una tarde las amenazas encubiertas de Indalecio Prieto, escupiéndole al rostro: "¡Ya me doy por muerto!" Y con el mismo ímpetu enfebrecido se plantaba otro día ante Víctor Pradera en Acción Española, para requerirle abruptamente: "¿Y cuándo nos matan a usted y a mí?" Pero en el banquete de 1932, que ahora rememoro con la misma emoción de entonces, las palabras de Maeztu fueron mucho más clarividentes y estremecedoras. Para percibir su verdadero significado, debemos relacionarlas con otras que pronunció, algunas fechas antes, en una cena de carácter privado.

A mediados de mayo de aquel año, los más caracterizados directivos de Acción Española fuimos invitados en el castillo de Viñuelas por la ilustre poetisa Cristina de Arteaga —hoy sor Cristina de la Cruz— para celebrar unos recientes triunfos literarios de su cuñado el marqués de la Eliseda. Entre los múltiples oradores que a los postres intervinimos, recuerdo que el duque del Infantado, después de congratularse de los éxitos literarios de su yerno, hizo hincapié en que, a su juicio, tenían mayor interés las actividades industriales

y económicas. Ello le dio pie a don Ramiro para afirmar que él opinaba, por el contrario, que todos los males de España se debían al hecho de que los *señoritos* hubieran desertado de las cátedras de Historia, para dedicarse a los Consejos de Administración. Era otra de las ideas clave en el pensamiento de Maeztu. Cuantos le conocieron y trataron en los alejados años de su vida londinense le recordarían siempre rodeado de españoles, a quienes adoctrinaba y alentaba al estudio. Constituía aquel círculo una verdadera cátedra libre. Por ella pasaron figuras tan destacadas como Julio López Oliván, José Pla Cárceles, Luis Olariaga y José Félix de Lequerica. En 1952 pudo éste rememorar así el inolvidable cenáculo: "Don Ramiro nos acuciaba con su tenacidad de pedagogo. A veces le acompañábamos a pie, a la manera madrileña tertuliana, hasta su casa de Bayswater. Y allí leía en un atril textos de Herman Cohen, trabajosamente traducidos del alemán para nuestra edificación..."

Dentro de la misma línea de tenacidad pedagógica, y en directa conexión con las afirmaciones hechas en el castillo de Viñuelas, en el banquete de la cuesta de las Perdices subrayaría, ante todo, que no se le ocultaba la censura que para muchos de los asistentes pudieran encerrar sus palabras. "No saben los jóvenes aristócratas —añadió— que si bien los Consejos de Administración están mejor retribuidos, es con las cátedras y con las corresponsalías... y... colaboraciones de los diarios como se forma la opinión." Para reforzar el tono conminatorio de sus palabras, quiso presentarse a sí mismo como testimonio: "Cuando yo tenía veinte años se me decía... desde el campo conservador: «¡Venga usted con nosotros, porque aquí están los buenos casamientos y las buenas carreras!» Y yo, naturalmente, teniendo veinte años, me iba hacia la izquierda. Pero ahora yo digo a los jóvenes de veinte años: «¡Venid con nosotros, porque aquí, a nuestro lado, está el campo del honor y del sacrificio; nosotros somos la cuesta arriba, y en lo alto de la cuesta está el Calvario, y en lo más alto del Calvario está la Cruz!»."

Nos encontrábamos, como he dicho, en la cuesta de las Perdices, a dos kilómetros escasos del pueblecito de Aravaca, en cuyo cementerio hay una tumba innominada, en la que espera la resurrección de la carne el cuerpo de Maeztu, posiblemente inmolado en alguno de

aquellos altozanos que señalara su mano extendida al exhortarnos cuatro años antes con el supremo ejemplo del Calvario.

El asesinato de Calvo Sotelo en la ardiente madrugada del 13 de julio de 1936 nos sumió a todos en el más absoluto desamparo. No recuerdo haber visto a don Ramiro en el domicilio de la víctima aquella misma mañana, cuando se confirmó la triste realidad de lo ocurrido. Le encontré en el cementerio de la Almudena, en la tarde del entierro. Al desfilar por delante del féretro abierto quise concentrarme unos segundos ante el cadáver, pero sentí que alguien me cogía fuertemente del brazo. Era Maeztu, triste y abatido, que me obligó a colocarme a su lado, en la presidencia del duelo. Después no sé cuándo ni cómo nos separamos. Ya no volví a verle sino un momento en la tertulia de Acción Española, el día 16. Unas horas más tarde abandonaba yo Madrid por orden superior, para ponerme en Vitoria a las órdenes de coronel Ortiz de Zárate.

Aquella noche, cargada ya de tristes presentimientos, José Luis Vázquez Doderó le hizo ir a su casa, en la calle de Velázquez. En ella vivió don Ramiro las últimas horas de su libertad; lo mismo que las del resto de su existencia, hubo de consagrarlas por entero al trabajo. Leyó y anotó con sumo cuidado un libro de Abel Bonnard, titulado *Les modérés*, sin interrumpir la redacción de los capítulos que deberían formar la *Defensa del espíritu*, alguno de los cuales habían sido ya publicados en *Acción Española*.

La placidez de aquella vida quedó truncada el día 30 de julio. Al registrar unos milicianos la casa de Vázquez Doderó, pensaron que Maeztu podía ser un sacerdote. El mismo se identificó ante ellos, con su pasaporte diplomático. Juntamente con Vázquez Doderó, fue conducido en el acto a la Dirección General de Seguridad, para pasar poco después a la cárcel de las Ventas. A pesar del temor que a todos embargaba el ánimo, tampoco interrumpiría aquí don Ramiro sus costumbres habituales.

El párroco de San Ginés, don José Ignacio Marín, convivió con él en la misma sala, denominada de "madres lactantes". Maeztu tenía su petate muy cerca del suyo; "sentado en él, pasaba largas horas escribiendo con apretada letra en los más inverosímiles y pintorescos papeles que podía encontrar". A todos sorprendía su extraordinario

poder de concentración, lo mismo en el trabajo que en el rezo del rosario, así como la dignidad y entereza de que en todo momento dio muestras. No hace muchos días, José María de Antifano le calificaba de "santo" al hablarme de su profundo sentido religioso y de su inmensa capacidad de renunciación. En la última fase de aquel peregrinaje que vimos iniciarse en 1913, Maeztu parece haber alcanzado las más altas y sublimes cimas de la espiritualidad. Su alma, sin duda, había encontrado de nuevo el consuelo del misticismo, pero sublimado ahora por una conciencia mucho más lúcida y responsable. En este sentido resulta conmovedora la carta que escribió a su mujer el día 22 de agosto:

"Todas las noticias son buenas, y no me ha abandonado un solo momento el buen ánimo; verdad que rezo mucho.

"Aquí las necesidades se limitan hasta tal punto que me parece que cuando me pongan en libertad podré vivir con dos reales al día..."

Pero aún es más reveladora la carta dirigida por su hermana María a José Pla Cárceles el 14 de abril de 1937, en la que le dice, entre otras cosas: "Yo estaba en Francia cuando estalló el Movimiento, y fui a reintegrarme a mi puesto en la Residencia de Madrid. Allí viví nueve semanas la revolución comunista, hasta que me destituyeron de mi cargo y conseguí salir. Antes de marcharme de Madrid, a mediados de octubre, fui a ver a Ramiro. Nunca se me olvidará esta última entrevista con aquel hombre, que parecía un iluminado. Empezaba a hacer mucho frío; él no tenía más que un trajecillo de verano, y era imposible mandarle jerseys de lana, porque lo impedían las milicias. Tampoco se le podía enviar comida. El frío y el hambre habían dejado en su rostro una huella magnífica de santidad... Mi emoción era tan profunda que no dejaba paso a la indignación. Me parecía estar en presencia de uno de esos seres que Dios elige para que sirvan de nuncios y precursores de una nueva era. No se quejaba de nada, no pedía nada..."

Acudieron a buscarle unos milicianos en la noche del 28 de octubre. Don José Ignacio Marín ha dejado testimonio fehaciente del momento: "Cuatro nombres fueron pronunciados, rajando el silencio aterrador de todos nosotros. Le ordenaron vestirse. Al ponerse la americana, yo pensé en su libro; llevaba el paquete con sus *cuartillas*

en el bolsillo. La idea de pedirselas saltaba en mi alma, pero me frenaba la compasión y la delicadeza. Decirle a don Ramiro en aquellos momentos «Deme usted esos papeles» era decirle que los quería salvar de la podredumbre de la tumba, y no tuve valor." Sí lo tuvo, en cambio, Maeztu para arrodillarse ante el párroco de Getafe, que se hallaba en una sala próxima a la puerta de salida, y pedirle humildemente su absolución...

Formaban parte aquellos papeles del original de la *Defensa del espíritu*. Pocas veces habrá tenido ningún escrito más noble destino. Al ser enterrado con su autor, quedó vivificado el pensamiento contenido en la letra muerta con la más auténtica defensa del espíritu que hubiera podido concebirse.

* * *

Cuando en ocasión memorable José María Pemán se preguntaba, angustiado, en Salamanca: "... ¿Dónde estabas ayer, mi dulce amigo, / que no pude encontrarte? ¿Dónde estabas", un poeta español del Siglo de Oro podría haberle dado la más luminosa respuesta con aquel verso que dice escuetamente: "La parte principal volóse al cielo."

En el cementerio del pueblo de Aravaca no quedó sino la envoltura carnal de don Ramiro... ¿Por qué no nos dirigimos a aquel lugar, señores académicos, para salvar al espíritu, cuya defensa está allí también enterrada, y para depositar al mismo tiempo una simple rama de laurel, símbolo de la gloria humana, sobre la tumba de quien podemos piadosamente pensar que goza ya de la gloria eterna?